MUNDO DE LIBROS

La piedra angular: novela

EMILIA, CONDESA DE PARDO BAZÁN

EDICIÓN DIGITAL

Vista previa gratuita · Mundo de Libros · tiendamundodelibros.com

La piedra angular: novela

Emilia, condesa de Pardo Bazán

Edición digital de dominio público.
Texto original: Project Gutenberg.
Mundo de Libros

Notas del Transcriptor

—Se han corregido los errores obvios de imprenta.

—El texto en cursiva se indica entre _guiones bajos_ mientras que el texto en versalita se ha sustituido por mayúsculas.

—Las páginas en blanco presentes en el original se han eliminado en la versión electrónica.

* * * * *

OBRAS COMPLETAS

DE

EMILIA PARDO BAZÁN

TOMO II

LA PIEDRA ANGULAR

OBRAS DE LA AUTORA

NOVELAS

PASCUAL LÓPEZ, 3.ª edición, un vol.
UN VIAJE DE NOVIOS, 3.ª edición, un vol.
LA TRIBUNA, un vol.

LA DAMA JOVEN, un vol. (Edición ilustrada. Agotada.)
EL CISNE DE VILAMORTA, un vol.
LOS PAZOS DE ULLOA, dos vol. (Agotada.)
LA MADRE NATURALEZA, dos vol. (Idem.)
INSOLACIÓN, un vol. (Edición ilustrada.)
MORRIÑA, un vol. (Edición ilustrada.)
UNA CRISTIANA, un vol.
LA PRUEBA, un vol.
LA PIEDRA ANGULAR, un vol.

CRÍTICA É HISTORIA

SAN FRANCISCO DE ASÍS (siglo XIII), 2.ª edición, dos volúmenes. LA CUESTIÓN PALPITANTE, 4.ª edición, un vol. (3 pesetas.) LA REVOLUCIÓN Y LA NOVELA EN RUSIA, 2.ª edición, un volumen (5 pesetas.) DE MI TIERRA (Galicia), un vol. (5 pesetas.) LA LEYENDA DE LA PASTORIZA, opúsculo. (Agotada.) ESTUDIO CRÍTICO SOBRE FEIJÓO, un vol. (Agotada.) LOS PEDAGOGOS DEL RENACIMIENTO, opúsculo. EL PADRE LUIS COLOMA. (Biografía y estudio crítico.) PEDRO ANTONIO DE ALARCÓN. (Biografía.)

VIAJES

MI ROMERÍA, un vol. (2,50 pesetas.)
AL PIE DE LA TORRE EIFFEL, un vol.
POR FRANCIA Y POR ALEMANIA, un vol.

POESÍAS

JAIME (poema), un vol. (Agotada.)

EN PRENSA

LOS PAZOS DE ULLOA. Novela. (Segunda edición.) LA MADRE NATURALEZA. (Id., id.)

EMILIA PARDO BAZÁN

OBRAS COMPLETAS.—TOMO II

LA

PIEDRA ANGULAR

NOVELA

[Ilustración]

MADRID IMPRENTA DE A. PÉREZ DUBRULL _calle de la Flor Baja, 22_

1891

Es propiedad de la autora.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

LA PIEDRA ANGULAR

.... _ita ut serviamus in novitate spiritus, et non in vetustate litteræ_.

(San Pablo á los Romanos.)

I

Rendido ya de lo mucho que se prolongara la consulta aquella tarde tan gris y melancólica del mes de Marzo, el Doctor Moragas se echó atrás en el sillón; suspiró arqueando el pecho; se atusó el cabello blanco y rizoso, y tendió involuntariamente la mano hacia el último número de la _Revue de Psychiatrie_, intonso aún, puesto sobre la mesa al lado de cartas sin abrir y periódicos fajados. Mas antes de que deslizase la plegadera de marfil entre las hojas del primer pliego, abrióse con estrépito la puerta frontera á la mesa escritorio, y saltando, rebosando risa, batiendo palmas, entró una criatura de tres á cuatro años, que no paró en su vertiginosa carrera hasta abrazarse á una pierna del Doctor.

—¡Nené!—exclamó él alzándola en vilo.—¡Si aún no son las dos! Á ver cómo se larga V. de aquí. ¿Quién la manda venir mientras está uno ocupado?

Reía á más y mejor la chiquilla. Su cara era un poema de júbilo. Sus ojuelos, guiñados con picardía deliciosa, negros y vivos, contrastaban con la finura un tanto clorótica de la tez. Entre sus labios puros asomaba la lengüecilla color de rosa. El rubio y laso cabello le tapaba la frente y se esparcía como una madeja de seda cruda por los hombros. Al levantarla el Doctor, ella pugnó por mesarle las barbas ó el pelo, provocando el regaño cómico que siempre resultaba de

atentados por el estilo.

Desde la entrada de la criatura, parecía menos severo el aspecto de la habitación, alumbrada por dos ventanas que dejaban paso á la velada claridad del sol marinedino. Bien conocía Nené los rincones de aquel lugar austero, y sabía adonde dirigir la mirada y el dedito imperioso con que los niños señalan la dirección de su encaprichada voluntad. No era á los tupidos cortinajes; no á las altas estanterías, al través de cuyos vidrios se transparentaba á veces el tono rojo de una encuadernación flamante; menos aún á la parte baja de las mismas estanterías, donde, relucientes de limpieza y rigurosamente clasificadas, brillaban las herramientas quirúrgicas: los trócares, bisturíes, pinzas y tijeras de misteriosa forma en sus cajas de zapa y terciopelo; los forceps presentando la concavidad de acero de su terrible cuchara; los espéculos, que recuerdan á la vez el instrumento óptico y el de tortura....

Tampoco atraían á la inocente los medrosos bustos que patentizaban los sistemas nervioso y venoso, y que miraban siniestramente con su ojo blanco, descarnado, sin párpados; ni aquella silla tan rara, que se desarticulaba adoptando todas las posiciones; ni el ancha palangana rodeada de esponjas y botecitos de ácido fénico; ni los objetos informes, de goma vulcanizada; ni nada, en fin, de lo que allí era propiamente ciencia curativa. ¡No! Desde el punto en que atravesaba la puerta, dirigíase flechada Nené hacia una esquina de la habitación, á la izquierda del sillón del Doctor, donde, suspendida de la pared por cordones de seda, había una ligera canasta forrada de raso. Era la famosa báscula pesa-bebés, el mejor medio de comprobar si la leche de las nodrizas reune condiciones, nutre ó desnutre al crío; y en su acolchado hueco, á manera de imagen ó símbolo del rorro viviente,

veíase un cromo, un nene de cartón, desnudo, agachado, apoyadito con las manos en el fondo de la canasta, alzando la cara mofletuda y abriendo sus enormes ojazos azules. El cromo era el ídolo de Nené, que tendía las manos para alcanzar á su altura, chillando: «Nino selo, Nino selo.»—«Vamos á ver,» contestaba el Doctor, «¿qué quieres tú que te traiga hoy el Niño del cielo?» Había minutos de duda, de incertidumbre, de combate entre diversas tentaciones igualmente fascinadoras.—«Tayamelos.... rotilas.... amendas.... no, no, galetas.... Un chupa-chupa....» El chupa-chupa prevalecía al fin, y el Doctor, levantándose ágilmente y ejecutando con limpieza suma el escamoteo, deslizaba del bolsillo de su batín al fondo de la canasta un trozo de piñonate. Aupando después á Nené, el hallazgo de la deseada golosina era una explosión de gritos de gozo y risotadas mutuas.

Preparábase alguna comedia de este género, porque Nené ya gobernaba hacia la báscula, cuando asomó por la puerta lateral, que sin duda conducía á la antesala, un criado, que al ver al Doctor con la niña en brazos, quedóse indeciso. Moragas, contrariado, frunció el entrecejo.

—¿Qué ocurre?

—Uno que ahora mismito llega.... Dice que si pudiera entrar lo estimaría mucho; que ya vino antes, y como había tanta _familia_....

Alzó la vista el médico, y se fijó en la esfera del reloj de pared. Marcaba las dos.... menos cinco. Esclavo del deber, Moragas se resignó.

—Bueno, que entre.... Nené, á jugar con la muchacha.... Ahora no da nada el _Nino selo_. Ya sabes que mientras hay consulta....

Nené obedeció, muy contra su voluntad. Antes de volverse, dejando cerrada la puerta que le incomunicaba con la chiquilla, el Doctor adivinó de pie en el umbral al tardío cliente. Delataba su presencia un anhelar indefinible, la congoja de una respiración; y al encararse con él, el médico le vió inmóvil, encorvado, aferrando con ambas manos contra el estómago el hongo verdoso y bisunto.

Moragas mascó un «siéntese», y se encaminó á su sillón, calando nerviosamente los quevedos de oro y adquiriendo repentina gravedad. Su mirada cayó sobre el enfermo como caería un martillo, y en su memoria hubo una tensión repentina y violenta. «¿Dónde he visto yo esta cara?»

El hombre no saludó. Sin soltar el sombrero y con movimiento torpe, ocupó el asiento de la silla que el Doctor le indicara; sentado y todo, su respiración siguió produciendo aquel murmullo hosco y entrecortado, que era como un hervor pulmonar. Á las primeras interrogaciones del Doctor, rutinarias, claras, categóricas, contestó de modo reticente y confuso, dominado tal vez por el vago miedo y el conato de disimulo ante la ciencia que caracteriza en las consultas médicas á las gentes de baja estofa; pero, al mismo tiempo, expresándose con términos más rebuscados y escogidos de lo que prometía su pelaje. Moragas precisó el interrogatorio, ahondando, entregado ya por completo á su tarea. «¿Hace mucho que nota V. esos ataques de bilis? Los insomnios, ¿son frecuentes? ¿Todas las noches, ó por temporadas? ¿Trabaja V. en alguna oficina; se pasa largas horas sentado?»

—No, señor,—contestó el cliente con voz sorda y lenta.—Yo apenas trabajo. Vivo descansadamente; vamos, sin obligación.

Al parecer nada tenía de particular la frase, y, sin embargo, le sonó á Moragas de extraño modo, renovándole la punzada de la curiosidad y el prurito de recordar en qué sitio y ocasión había visto á aquel hombre. Volvió á fijar sus ojos, más escrutadores aún, en la cara del enfermo. En realidad, las trazas de éste concordaban muy mal con la aristocrática afirmación de vida descansada que acababa de hacer. Su vestir era el vestir sórdido y fúnebre de la mesocracia más modesta, cuando se funde con el pueblo propiamente dicho: hongo sucio y maltratado, terno de un negro ala de mosca, compuesto de mal cortada cazadora y angosto pantalón, corbata de seda negra, lustrosa y anudada al descuido, camisa de tres ó cuatro días de fecha, leontina de plata, borceguíes de becerro resquebrajado sin embetunar, y en las manos nada absolutamente: ni paraguas, ni bastón. No suelen andar así los ricos, á quienes por obra y gracia de Dios les caen del cielo las hogazas.

—¿Según eso, no hace V. ejercicio ninguno?—preguntó Moragas, que creía proseguir el interrogatorio facultativo, pero se iba por la tangente de la excitada curiosidad.

—Como ejercicio, sí....—respondió opacamente el hombre.—Paseo muchísimo. Á veces ando dos y tres leguas y no me canso. Algo se trabaja también en la casa. No es uno ningún holgazán.

—No he dicho que V. lo sea,—replicó con inflexión de severidad el médico.—Yo tengo que enterarme, si he de saber lo que anda descompuesto en V. ¿Á ver? Reclínese allí,—ordenó, señalando hacia un ancho diván colocado entre las dos ventanas del gabinete.

Obedeció el enfermo, y Moragas, acercándose, le desabrochó los últimos botones del chaleco, tactando y apoyando de plano su mano

Hasta aqui llega la vista previa gratuita.

Sigue leyendo este libro completo en tu biblioteca:

compralo por $20 MXN o leelo con la Membresia ($149 / 30 dias).

tiendamundodelibros.com